

Título original: *O futuro roubado*

© Del texto: Ramón Caride, 2000, 2007, 2011

© De las ilustraciones: Miguelanxo Prado, 2000, 2007, 2011

© De la traducción: María Jesús Fernández, 2000, 2007, 2011

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2011

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-667-9512-8

Depósito legal: M.5604/2011

Impreso en ANZOS, S.L.

La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Caride, Ramón

El futuro robado / Ramón Caride ; ilustraciones de Miguelanxo Prado ; traducción de María Jesús Fernández. — Madrid : Anaya, 2011

200 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 149)

ISBN 978-84-667-9512-8

1. Aventuras. 2. Ciencia ficción. 3. Ecología.

I. Prado, Miguelanxo, il. II. Fernández, María Jesús, trad.

087.5: 821.134.4-3



El futuro robado

SOPA DE LIBROS

Ramón Caride

El futuro robado

Una aventura de Sheila y Said

Ilustraciones
de Miguelanxo Prado

Traducción de María Jesús Fernández

ANAYA

1

Irina

7

Comienzo a escribir esto en un viernes oscuro, uno de los días más tristes de mi vida, a falta de otra cosa mejor que pueda hacer. Hoy es 17 de diciembre de 2077. Tengo la cabeza llena de dudas y de incertidumbres y me siento como una extraña en casa ajena. Escribo desde mi soledad inesperada y forzosamente, en el mismo ordenador de mis amigos Sheila y Said, en su casa, el hermoso molino situado sobre el río del que tanto me habían hablado y que yo tanto deseaba conocer.

Sin embargo, ahora, sin ellos, el molino me parece inmensamente desolado e inmensamente vacío. ¿Dónde estarán? Todavía estoy

un poco aturdida, me he quedado aquí sola, una vez que la Policía, alertada por mí, se ha ido finalmente después de registrar todos los rincones de esta casa y sus alrededores, sin encontrar ni rastro de ellos. Ni el menor indicio de dónde puedan estar.

Me he puesto a escribir, después de haber leído todas las anotaciones de Sheila y Said relativas a su vida y a sus andanzas, a los viajes e indagaciones por el mundo, de Loureda —este lugar en el que estoy yo ahora— a la Antártida, y de Oriente Medio a Argentina, pasando por Grecia, Suiza y muchos más sitios.

Comencé la lectura con la esperanza de encontrar en sus archivos alguna orientación o de hallar alguna pista, por pequeña que fuera, sobre su paradero. He leído todo lo que ellos han escrito, sin resultado. Ahora ya no sé qué hacer, después de haber denunciado su repentina y misteriosa desaparición.

No hay, en el recuento de sus andanzas desde que nos conocimos, ni tampoco en las anteriores, nada que pueda ayudarme a entender qué es lo que les ha sucedido. Hasta hace pocos días tuve contacto casi diario con ellos, a

través de videoconferencias y de la red informática, y en este momento me encuentro tan desorientada como el que más. No comprendo nada. ¿Por qué Said y Sheila no están en el molino? ¿Adónde han ido?, y ¿por qué razón? Hace, como mínimo, dos días que están ausentes. Ellos sabían que yo iba a venir, ¿cuál habrá sido el motivo de su marcha? Un montón de interrogantes sin respuesta me martillean en la cabeza.

Said es mi mejor amigo, y Sheila es la persona a la que más admiro del mundo. Tengo que saber qué les ha ocurrido, como sea... Ellos no esperaban que yo llegase tan pronto, es verdad. Pero ese no puede ser el motivo de que ahora mismo no estén en su casa, ni de que no hayan dejado indicación alguna del lugar donde pueden encontrarse. Lo cierto es que también falta uno de sus transportadores, ¿se habrán ido en él? Enseguida me di cuenta de este detalle, la ausencia del vehículo. La Policía, que registró el molino alertada por mí, tampoco dejó de advertirlo.

Los policías dijeron que, quizá, Sheila y Said hayan partido a algún viaje relacionado con

las aventuras en las que continuamente están implicados. Pero a mí eso me resulta difícil de creer. Hace muy pocos días que hablé con Said y, en la videoconferencia, no mostraba ninguna señal de inquietud. Tampoco me dijo nada de que estuvieran metidos en algún asunto. Y Said no suele tener secretos para mí. Pero, aunque Said no me hubiera dicho nada, en el caso de que estuvieran investigando algo peligroso, yo no habría dejado de notarlo. Lo conozco muy bien, y el corazón me dice que no me equivoco...

No, por más que lo pienso, no me imagino qué les puede haber pasado. Faltan pocos días para la Navidad, ellos sabían que los tres nos reuniríamos en estas fechas. Lo único que yo hice fue adelantar mi llegada. Pero hoy debían estar ya aquí, y ni rastro. No sé nada de ellos. Estoy muy preocupada por su suerte, y tengo los nervios destrozados. Esta espera solitaria, sin saber siquiera qué es lo que estoy esperando, me tiene sumida en la desesperación. Todo es tan distinto de como me lo había imaginado. ¡Cuando pienso en la ilusión con la que preparé este viaje, me entran ganas de llorar!

Yo no veía la hora de volver a reunirme con ellos. Hace apenas seis meses que los conozco, pero ya no puedo vivir sin su amistad. De no haber sido por ellos no habría podido asimilar lo de mi padre. ¡Qué espantoso fue todo! Suerte que Said y Sheila nos ayudaron. Dios sabe lo que habría sido de mí y de mi padre, Anatoly Koprissos, sin Sheila y Said. Nada bueno, con total seguridad. Siempre les estaremos agradecidos, el mundo entero tiene que estarles agradecidos y, sobre todo, nosotros, por lo que ellos hicieron. Pero esto de desaparecer, así por las buenas, no es propio de ellos. No se corresponde con las ganas que teníamos todos de volver a vernos.

Al principio, cuando llegué, pensé que me querían gastar una broma y que por eso se habían escondido. No sería nada raro. Imaginé que, de alguna manera, se habían enterado de que yo había iniciado las vacaciones invernales unos días antes de lo que pensaba, para volar desde Suiza hasta aquí, a su molino, a reunirme con ellos. Yo no les había dicho nada, quería darles una sorpresa, pero pudiera ser que Sheila advirtiera mis intenciones. Es muy

lista y no se le escapa ni una. Así que, cuando aterricé al pie del molino, sin avisar y cargada de regalos, y ellos no estaban, al principio no me alarmé. Pensé en algún juego, como ya he dicho.

Decidí seguir la broma y me senté a esperarlos, sin sospechar nada en absoluto. De hecho, ningún indicio permitía suponer, de entrada, su desaparición. Sus páginas de trabajo estaban abiertas en el ordenador. No había ningún mensaje especial relacionado con su ausencia, y eso que ellos siempre procuran, a causa de su trabajo, estar localizables. Tampoco faltaban ropa o efectos personales, las habitaciones estaban recogidas y ordenadas. En fin, no había nada que hiciera sospechar que Said o Sheila hubieran emprendido ningún viaje inesperado... ¿Nada?

Bueno, para ser absolutamente sincera, algunas cosas sí que me llamaron la atención, aunque en un principio no les di importancia. La principal era esta: la mesa de trabajo de Said aparecía mojada por la lluvia. La causa era la ventana situada junto a ella que estaba abierta, como varias más de la casa, a pesar del

tiempo inestable de estos días, con tormentas ocasionales. Por las infinitas videoconferencias que llevo sostenidas con Said sé de sobra lo cuidadoso que él es con su lugar de trabajo. Siempre lo mantiene limpio y muy ordenado, no le gusta que nada esté fuera de su sitio. Así que, teniendo esto en cuenta, de haber algún motivo que los impulsó a salir precipitadamente del molino, tuvo que ser algo muy extraño para obligarlos a apresurarse tanto. Algo muy urgente para que Said no tuviera ni siquiera tiempo de cerrar la ventana. Esto ya no tenía pinta de ser una broma, y las horas pasaban...

Además de esto, otra cosa llamó mi atención durante el registro, y tampoco la Policía supo darme explicaciones cuando les pedí ayuda. Distintos objetos estaban descolocados, aunque solo ligeramente. Por ejemplo, las copas en los estantes de la cocina, encima del lavavajillas. Algunas estaban tumbadas, mientras otras seguían bien colocadas en hileras, con el pie hacia arriba, en su posición original. Algo semejante ocurría con los útiles de dibujo, con los tarros del cuarto de baño y con otros obje-

tos, todos ligeros y de pequeño tamaño. Aparte de estos mínimos detalles, de las ventanas abiertas a la lluvia y de la falta del transportador, nada. Ninguna otra anomalía, ni grande ni pequeña. Nada faltaba en la casa, ni ningún intruso había entrado en ella antes que yo, según corroboró más tarde la Policía, tras minuciosos análisis. No había huellas sospechosas ni señales de lucha.

14

Entonces, después de advertir estas cosas, di veinte vueltas más a la casa, por arriba y por abajo, y, finalmente, me decidí a dar la alarma. Ahora estoy aquí, sola. No tengo miedo por mí, pues estoy segura de que no corro ningún peligro; pero sí por ellos, por lo que les pueda haber sucedido. Ya hace dos días que los estoy esperando. No pienso dejar este molino hasta saber qué ha sido de Said y de Sheila. Todo esto es muy extraño, algo malo les ha tenido que pasar, lo presiento.

¡Un momentito! Pero ¿qué es esto? Aquí pasa algo raro. La pantalla del ordenador, con mi texto, se está borrando, y en su lugar está apareciendo un mensaje muy confuso, de pocas letras, parecen palabras cortas... No es

una avería del ordenador, no tiene ningún aspecto de aviso al usuario. ¡No puede ser! ¡Quizá se trate de alguna comunicación importante! Tiene que serlo para interrumpir todos los programas... Pero, apenas es legible. Son varias letras mayúsculas, que se repiten muchas veces... ¿Qué dicen? Está muy borroso y no lo distingo bien. El ordenador parece que se ha vuelto loco, no responde a los controles: la pantalla está casi negra, los caracteres en ella están muy desvaídos, las letras son muy poco visibles. Solo sé que existen porque antes pude verlas, pero fue un instante tan fugaz que no las pude identificar. Si pudiera recuperar el mensaje. Ahora la pantalla está completamente oscura. Pero yo no consigo aumentar el contraste, nunca me había pasado esto. ¿Será producto de algún virus? ¡Qué rabia! Si pudiera leer, por lo menos, alguna letra. ¡Menos mal! Parece que ahora se empieza a ver algo otra vez. Una ese. Una ese, estoy casi segura de que es una ese, tiene que serlo. Otra ese. Hay varias eses ¿Y las vocales? Dos oes. Casi lo tengo, el mensaje es intermitente, desaparece de nuevo ¡maldición! Ahora no te pierdas, por

Dios. Precisamente ahora que estaba a punto de leer el mensaje. ¡Es inútil! Se ha borrado, todo está negro otra vez. ¿Qué hago ahora? La pantalla está oscura como boca de lobo, ¡qué mala suerte!

¡Alto, Irina! No te rindas: parece que vuelve a aparecer. Es el mismo mensaje de antes, parpadea, se enciende y se apaga, el proceso de antes se repite... Pero he podido captar algo más. Solo son tres palabras distintas, sucediéndose. Dos de ellas tienen tres letras, eses y oes casi todas. La otra tiene cuatro letras y empieza también con ese. ¡Esto es para volverse loco! Ha vuelto a desaparecer, si tan solo fuera visible unos instantes más...

¡Por fin! Menos mal. Creí que el mensaje se había perdido definitivamente. Suerte que no me moví de esta silla, aunque ya desesperaba. La verdad es que he perdido la noción del tiempo que llevo aquí sentada, esperando. Pero ha merecido la pena, ahora la cosa está clara. El mensaje sale ahora nítido, afortunadamente, aunque su contenido es estremeedor. Estoy muerta de miedo. En la pantalla se repiten tres palabras que ponen los pelos de

punta. Se suceden como una maldición, tengo el corazón en un puño y tiemblo:

SOY SAID S.O.S. SOY SAID S.O.S. SOY SAID S.O.S.

¡Es terrible! Están en peligro Pero ¿dónde? No tengo manera de responderles. Esto no es un correo electrónico normal, enseguida me he dado cuenta. No tengo posibilidad de contestar. Mi única opción es seguir aquí, a la espera de más noticias tuyas. Así lo hago. Mucho más tarde, después de nuevas tentativas infructuosas, la pantalla del ordenador se ilumina y el texto, por fin, empieza a surgir. Lo que narra es fantástico, y aterrador.